EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVII — DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA — NUM. 13732

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la PENÍNSULA: Un mes, 1'50 ptas.—Tres meses, 4'50 id. EXTRANJERO: Tres meses, 10 id.—La suscripción se contará desde 1.° y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, MAYOR, 24

MARTES 3 DE SEPTIEMBRE DE 1907

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París: *Mr. A. Lorette*, 14, rue Rougemont; *Mr. J. Jonas*, 31, Faubourg-Montmartre.

EL ARBOL

Quizá los dos enemigos más formidables que tiene en España la agricultura son la sequía y la inundación, los cuales, aliados á la ignorancia y la rutina, y protegidos por el hábito tradicional de escribir leyes para tener el gusto esencialmente español de no cumplirlas, son causa de que los productos naturales del suelo patrio no correspondan á su verdadera fertilidad, y de que, en vez de dirigir nuestra mirada á la tierra que el arado surca, la dirijamos constantemente al cielo, que surcan las nubes, cuyas entrañas acuosas son objeto á un tiempo mismo de nuestras esperanzas y de nuestros temores.

Sonríen nuestras huertas, como huríes musulmánicas, en la faja costera que bañan los rayos de oro del sol de Oriente y las aguas azuladas del mar latino, ricos y opulentos de savia cuajada en frutos que destilan miel ó tienen la nutritiva y grasienta suavidad de la manteca; las vegas interiores que se extienden á lo ancho y á lo largo de las cuencas que forman nuestros ríos, parecen ofrecer al hombre, para su deleite, dejos y remembranzas del perdido Paraíso: bajo un cielo espléndido que inunda de luz y de calor (fuentes de vida y elementos indispensables de toda fecundidad) este pedazo del planeta colocado entre el mundo viejo y el nuevo mundo y enfrente del solar mauritano, que nos manda sus vientos abrasadores como en otro tiempo nos mandó sus razas vencedoras, palpitan los gérmenes de las plantas más preciosas y exquisitas, se rompen los capullos, estallan las yemas, se abren las hojas, y tiñéndose de matices morados las esbeltas cumbres de las lejanas cordilleras, diríase que Ceres, Baco y Pomona reinan aquí con feliz soberanía en medio de los dones más deliciosos de la madre tierra.

Pero ese cielo tan hermoso permanece un mes y otro mes con la tersura aterradora de una plancha de acero bruñido; los campos se mueren de sed, las plantas se agostan; el labrador se espanta al ver cómo se acerca el espectro de la miseria envuelto en las tenues gasas de una atmósfera azul y sonriente..., y cuando, al fin, el excesivo calor ha condensado en gruesos pardos y negros los vapores emanados del mar y de los ríos, el agua torrencial cae con violencia aterradora, araña las tierras de las vertientes, empuja los cantos rodados, y despeñándose por las fauces de los barrancos, inunda las vegas y arrasa, sepulta ó encenaga lo que la sequía no había destruído.

Puede decirse que uno ó dos años de cada cinco la agricultura española padece de esas dos terribles enfermedades: la fiebre que la abrasa y el derrame congestivo que la ahoga. ¿Cuáles son las causas principales de estos dolorosos fenómenos? ¿Cuáles los remedios que para evitarlos aconseja la ciencia, y hasta el simple buen sentido asesorado por los ejemplos elocuentes de otras partes? ¿Canalizar, embalsar, distribuir convenientemente las aguas recogidas, evitando que los ríos lleguen al mar sin haber fertilizado apenas sus orillas, y que los torrentes, en vez de llevar en sus ondas turbias la fertilidad y la alegría, lleven la destrucción casi definitiva de las tierras llanas, convirtiendo sus verjeles en peñascales y sus huertas en charcas cenagosas y focos de paludismo?

Sí, pero en algunas provincias de Levante, donde las aguas de las tormentas producen efectos tan desastrosos que más de una vez han conmovido el ánimo de Europa y aun del mundo entero, se han gastado no pocos millones en canalizar las ramblas para que el torrente encauzado no destruya las moradas de los hombres ni arrase los deliciosos frutos de sus campos, y esas ramblas se van cegando poco á poco con los montones de piedra que las aguas arrastran de los despoblados cerros vecinos, y no transcurrirán muchos años sin que haya que gastar nuevas y muy considerables cantidades para proceder á una limpieza definitiva ó á levantar los muros laterales, sin que los fondos destinados á estas obras defensivas sean reproductivos ni de una eficacia que pueda desafiar la injuria de los tiempos.

Algo semejante á lo que ocurre con el encauzamiento y defensa de las ramblas ocurriría con la canalización y embalse de las aguas de riego, si continuaran las cumbres y las laderas de montañas y cerros en el estado de lamentable calvicie en que las han dejado el odio y la codicia, puestos de acuerdo para destruir nuestra antigua riqueza forestal.

Indudablemente hay que canalizar, hay que embalsar, hay que aprovechar las aguas de nuestros ríos para que la tierra no esté á merced exclusiva de las inclemencias del cielo. Pero, ante todo y sobre todo, hay que repoblar nuestros montes, hay que destinar ocho ó diez millones de hectáreas, de los treinta que están sin cultivo, el fomento del arbolado.

1.°, para modificar favorablemente las condiciones climatológicas y, por consiguiente, de salubridad pública de nuestra patria; 2.°, para afirmar y asegurar las tierras vegetales de las lomas y de las llanuras; 3.°, para regularizar el régimen de las aguas, y 4.°, para aumentar la riqueza nacional con el valor de los bosques y de los pastos y la regeneración de nuestra ganadería.

Ningún otro medio de protección á la agricultura puede superar á éste, ni en ninguna otra empresa pueden emplearse los fondos del Tesoro público que sean más eficazmente beneficiosos para la comunidad social ni más remuneradores para el Estado mismo.

VALENTIN GOMEZ.

Páginas literarias

PEPITO

Nos conocimos en la Habana, siendo ambos redactores del mismo periódico.

Pepito ó *Pepino*, como le llamaban burlonamente algunos compañeros, era un bendito en toda la extensión de la palabra; pero como no hay nada perfecto en este mísero mundo, el pobre chico tenía en su naturaleza física un defecto, común por desgracia pero que le hacía objeto de pesadas bromas y no pocos disgustos: era corto de vista.

Muchas veces, cuando se sentaba á escribir en la mesa de redacción, estropeaba sus trabajos, pues en vez de coger la salvadera para echar polvos en las cuartillas, tomaba equivocadamente el tintero y ¡es claro! convertía el artículo en un borrón.

Una noche fuimos juntos al teatro de Albisu, y por poco lisian al pobre muchacho. Se estrenaba una preciosa zarzuela en cuyo desempeño fué justamente ovacionada la Rusquella. Pepito estuvo con otros amigos y un servidor de ustedes en el palco reservado á los periodistas, y como la vista no le alcanzaba, tuvimos que darle detalles de la obra durante la representación. Al terminar, abandonamos el palco y nos dirigimos al cuarto de Fernandita Rusquella para felicitarla; Pepito nos acompañaba. Llegamos al *camerino* de la tiple, y todos elogiamos su gran talento, dándola nuestra enhorabuena. A su vez tocó á Pepito felicitarla, y el pobre chico se acercó á un caballero que ocupaba un asiento algo separado del de Fernanda, y tendiéndole la mano, le dijo;

—Encantadora Fernandita, ha estado usted sublime, ideal. Permítame que la felicite de todo corazón.

Un coro de estridentes carcajadas, como dijo Juan de Dios Peza, estalló al terminar Pepito su saludo felicitación. El caballero convertido en tiple tan inopinadamente, creyéndose insultado, se dispuso á administrar al infeliz Pepino una *tollina* superior, que hubiera llevado á efecto, si nosotros no lo impedimos, diciéndole á qué obedecía aquella *conversión*.

¡Qué de disgustos, de chascos y de decepciones ha sufrido el buen Pepito por causa de su miopía! Y también por causa de sus manías amorosas, porque eran un don Juan Tenorio fin de siglo.

Un día, creyendo hacer un cariño á la criada de su casa, estampó un sonoro beso en la mejilla del casero, que por poco le revienta, y por querer abrazar en la escalera á una fregatriz de la vecindad, apretó entre sus brazos á un guardia de orden público que bajaba y quedó sumamente sorprendido de tan extraño saludo. Una tarde lluviosa ofreció su paraguas, acompañando el ofrecimiento con algunos requiebros, á una pollita que, acompañada de una criada, pasó con rapidez ante Pepito. La joven contestó al ofrecimiento colgándose del cuello de Pepe; y cuando éste se decía interiormente que era el hombre de la dicha y el afortunado por excelencia, ella habló, y por el sonido de la voz vino á conocer que era... una hermanita suya.

La decepción amorosa que sufrió el infortunado Pepito no fué pequeña; pero todavía le faltaba experimentar otra, que fué el golpe de muerte para todas sus presunciones *donjuanescas*.

Una noche de invierno y en una de las calles menos iluminadas de la capital de la *perla* de las Antillas, su buena suerte, como él decía, le hizo encontrar una señora de fornida figura, andar majestuoso y vestida completamente de negro.

—¡Animo, Pepito!—se dijo al verla. Este es tu tipo! ¡Una viuda!

Y con resolución sin igual, acercóse á ella, y después de algunos preparativos, le espetó unos piropos un tantico fogosos que tenía aprendidos para estos casos.

Pero apenas hizo esto, cuando sufrió una bofetada de las de cuello vuelto, al mismo tiempo que una voz de bajo profundo gritaba con enojo:—¿En qué tiempos estamos? ¿Hasta dónde llega la insolencia de los enemigos de la Iglesia?

¡¡¡Horror!!! Lo que Pepito creyó una viuda, no era otra cosa que... un reverendo canónigo.

MARTÍN PIZARRO.

Desde Cádiz

Paisanos heróicos

A bordo del «Río de la Plata», ha llegado á Cádiz la esposa de nuestro querido amigo y paisano el Jefe de Sanidad del Ejército, D. Antonio Moncada, acompañada de su hijo Carlos, que como buen español peleó heroicamente en Casa-Blanca defendiéndose de los kabileños; su hija Consuelo, hermosa señorita de arrogante figura; Luisa, también muy bella; Eloisa de 13 años, Antonio de 10; Carmen de 5 y Alberto de 3.

La niña Carmen Moncada fué la que iban á matar los moros en las calles de Casa Blanca y su padre dió muerte al asesino.

Nuestro querido amigo y paisano es uno de los médicos más ilustrados del Cuerpo de Sanidad Militar, y en los sucesos de Casa-Blanca, se portó como un valiente, mereciendo los elogios de toda la prensa.

Notas Alegres

ACTUALIDADES

El cielo gris y encapotado nos anuncia la próxima llegada del monarca de los estornudos y pulmonías.

Yo, no es que deplore la subida del poder Maura de los hielos y escarchas por la falta de prendas de abrigo, nada de eso. Lo mismo voy yo con pantalón y cazadora de alpaca á las misas de gozo, que con un gaban (si lo tuviese) á las veladas nocturnas del Real de la feria.

Soy de aquellos que dicen, «vaya yo caliente y ríase la gente».

Siento en el alma la proximidad del riguroso invierno por la desaparición del balneario denominado «San Juan de Luz» situado frente al antiguo matadero de reses que hoy piensa enagenar el Ayuntamiento.

Hay que ver á ciertas horas de la noche aquella playa.

Me río yo del llamado San Juan de Luz de los franceses, el balneario á que me refiero.

Allí el mujerío de las clases media y baja de nuestra sociedad alternan como los mantecados en los puestos de la feria de Navidad.

En bañadores se ve un surtido variadísimo, desde la aspillera transformada en bata á la Oriental, hasta la finísima camisa de hilo crudo en forma de blusa á la marinera.

Los niños, las mujeres y los hombres juguetean con las suaves ondas que van á morir en aquella deliciosa playa en donde el alquitrán y las resinas son los pebeteros que perfuman tan concurrido sitio.

¡Pobre playa y qué sola te vas quedando desde que el fragor del trueno y la pálida luz de los relámpagos se enseñorean en el espacio!

Los bañistas al aire libre van desapareciendo, la animación decae, y hasta los chicos que se dedicaban á hacer con las ropas de los concurrentes á dicho balneario, el *mincha galleta* ya no frecuentan aquel sitio.

Todo es fugaz en esta vida, y como dice el adagio, que tras la tempestad viene la calma, ¡claro es que al aproximarse la temporada de invierno, el San Juan de Luz Cartagenero, ha de perder para más de cuatro observadores aquel encanto que encontraban al contemplar las ondinas, bien fuesen rubias ó morenas, gordas ó flacas que jugueteaban con las suaves olas que allí se adormecían.

La temporada oficial de baños de paga y gratuitos, va á terminar.

Los balnearios de San Pedro, San Bernardo y San Juan, (porque aquí todos los establecimientos de baños marítimos son santos) van á terminar su misión en el presente año.

Descansen en paz, y que guarden el secreto de lo mucho que habrán observado este verano.

¡Cuantas cosas habrán visto!

OTEMA.

he registrado, con el axilio del maestro de escuela, algunos dicciónarios. En francés Fréderic, nombre que recuerda demasiado las obras póstumas del viejo Fritz, á quien no tengo deseos de imitar. En hebreo, Salomón Dose; podrían creerme judío. Nada de esto es bueno. Pero en ruso ¡en ruso! .. Te aseguro que en Rusia, prescindiendo del *knut* (látigo) se puede encontrar mucha poesía. ¿Sabes qué tierno y dulce nombre responde el ruso al de Friedrich?

Dose se levantó diciendo esto y me dirigió interrogadora mirada.

—Es—me dijo con solemnidad—Feodor, no Fédor, sino Feodor.—Si eres amigo mio, llámame en adelante, Feodor Dose.

Confieso que me conmovió tanta poesía. Abracé entusiasmado al largo sargento y exclamé enternecido.

—¡Oh el más querido de los Feodor!

Dose se volvió á sentar muy satisfecho; cogió el libro que tenía al lado y me enseñó la primera página, en la que había escrito con lápiz:

«Versión en versos rimados del alemán más puro por Feodor Dose»

Durante media hora soporté los absurdos que desencadenaba á nombre de la poesía, y en seguida me despedí de él para continuar mi paseo, porque algún día asombrarían al mundo, solamente se habían abierto una vez los brazos de la prensa para recibir una de sus elucubraciones.

El Indicador general de la ciudad de C. . publicó un día una charada de Dose y esto bastó para hacerle perder la cabeza. Desde aquel día ya no quiso asociarse sino con los hombres de talento, y naturalmente nosotros no nos contábamos en el número; pero, por desgracia nuestra, nos encontraba bastante buenos para escuchar sus poesías.

Recuerdo especialmente cierto poema titulado *La guardia* que tenía treinta y seis cantos lo menos y había llegado á ser nuestra pesadilla. ¿Por qué no! la Dose á recitar sus versos, como Demóstenes, ante las mugidoras olas, ó por lo ménos ante el impetuoso Rhin? Mucho se lo hubiésemos agradecido. Por mi parte escuché lo ménos cuarenta veces la lectura del famoso poema.

Dose estaba, como he dicho, tendido al pie de un abeto y parecía absorto en sus meditaciones.

Acerquéme silbando un canto conocido: levantó la cabeza, y no obstante la satisfacción que manifestó por mi inesperado regreso, su rostro conservó melancólica expresión.

El lánguido modo con que se volvió y el bostezo que lanzó al apoyar la cabeza en el brazo izquierdo me revelaron que le dominaba algún gran pensamiento ó alguna contrariedad.